

Gracias a José Emilio Pacbeco, que las recordaba y nos las hizo llegar en fotocopia, aparecen aquí las siguientes páginas de José Bianco. Se publicaron originalmente en el número triple (192 - 193 - 194) con que la revista Sur celebró, en diciembre de 1950, sus veinte años de vida. Anunciadas como primer capítulo de un libro próximo a publicarse —se

trataría sin duda, pero quince años más tarde, de La pérdida del reino— no han sido recogidas nunca en un libro, hasta donde sabemos. Es un buen momento para restituirlas a la luz pública: la novela excepcional de José Bianco —el pro-sista delicioso, el legendario Secretario de Redacción de Sur— acaba de ser reeditada por el Fondo de Cultura Económica.

MENCIONO EN PRIMER TÉRMINO A LOS SEÑORES DE FELSEN con la doble intención de seguir un orden cronológico y de hacerles justicia. A la distancia, me parece que poco o nada los hubiera conocido. Pero han suscitado este posible relato. Aun ahora me permiten escribir sus páginas iniciales cuyo principal objeto es dejarlos atrás.

El señor de Felsen, belga de origen, era un hombre de negocios que tenía intereses en Brasil y la Argentina. Por aquella época vivía con su mujer en un departamento de la avenida Alem, cerca de Retiro. Yo solía visitarlos por las noches. Sin embargo, cuando pienso en ellos apenas sé de qué hablábamos. No puedo evocar nuestras conversaciones en esos días anteriores a mi viaje. Persiste en mi recuerdo, eso sí, la imagen de Buenos Aires que distinguíamos a nuestro alrededor por las ventanas abiertas: los edificios pálidos, las luces rojas de Puerto Nuevo, el largo andén de la estación que de cuando en cuando arrojaba una columna de humo al cielo de noviembre. La última vez que fui a visitarlos, una noche húmeda, sofocante, el señor de Felsen quiso darme varias cartas dirigidas a personas que podían serme útiles en Europa; mientras escribía las cartas, mostraba las piernas desnudas (debajo de la robe de chambre, estaba en calzoncillos). Su mujer se había quitado del cuello un collar de perlas; sudaba, se pasaba un pañuelito por la frente, hablaba a cada momento del calor. Este calor los llevó a envidiar el frío que me aguardaba en Europa. El señor de Felsen terminó de escribir sus cartas.

—¿Y si le diéramos la canadiense? —preguntó.

Ella salió del cuarto sin contestar. Oí mover muebles en el cuarto contiguo. Volvió a los pocos minutos trayendo un abrigo de apariencia lastimosa. Era una chaqueta de cuero muy raído, forrada en una piel desapacible. Yo la miraba tristemente, extendida sobre un sillón, y el señor de Felsen me miraba sonriendo. De pronto, tuve escrúpulos de aceptarla. De ninguna manera quería abusar de su generosidad.

La señora intervino:

—Le quedará pintada.

Y resuelta a vencer mi delicadeza:

—Puede llevársela a Europa, usarla en los meses de invierno y devolverla cuando comience la primavera.
No traté de ocultar mi descontento.

—¿Enviarla desde Europa?

—Es de un amigo que vive en París. Gracias a él pudimos salir de Francia y estamos aquí, con vida. No lo vemos desde junio de 1940. Usted le dará noticias nuestras. Lo abrazará en nuestro nombre.

—¿Le han escrito ustedes?

—Sí —dijo la señora. Después, con una vibración dolorida en la voz—: Pero quizá nuestras cartas se hayan perdido. O quizá no viva ya en Francia.

—Entonces no veo cómo podrá devolverle esta chaqueta.

—Me consta que está en París —dijo el señor de Felsen—. De todos modos a usted le será fácil dar con él. Su padre, que murió durante la ocupación, era presidente del Banco X. Su abuela es la mujer de Théodore Solar, el coleccionista.

La señora insistió; a poco comprendí que se trataba de un servicio que yo tenía que hacerles. Hasta llegué a pensar si no habrían preparado el incidente del abrigo, porque empezaron a hablarme de su dueño con gran entusiasmo y lujo de detalles. Son detalles tediosos. Los consigno, sin embargo, porque es bueno que el lector se habitúe desde las primeras páginas a la idea de encontrar con frecuencia esta suerte de anotaciones que hacen posibles (e ilegibles) las novelas. En resumen: el dueño de la chaqueta se llama Lebergh. Lo habían conocido en Carcassonne pocos días antes de la invasión alemana. Ellos tenían automóvil y nafta, pero no tenían salvoconductos. Lebergh, teniente de aviación, les requisó de común acuerdo el automóvil e hicieron el viaje juntos a Burdeos. Cuando supieron que el puerto había sido bombardeado por los alemanes, torcieron de rumbo y fueron a Bayona. Y el matrimonio de Felsen, a pesar de su condición de civiles, pudo tomar en Bayona un pequeño crucero holandés que salió con destino a Casablanca, varió de itinerario, entró en Gibraltar. De Gibraltar llegaron a Liverpool en el "Capo-Olmo", un barco italiano.

Pregunté:

—¿Cómo? ¿Italiano?

Los señores de Felsen gozaban con mi sorpresa.

—Así es. Un barco italiano que logró, simulando una avería, apartarse de su convoy y entrar en Gibraltar. Lebergh no era ajeno a ello. O mejor dicho el Banco X., cuyo presidente era su padre. Por eso nos hizo ir a Bayona y allí esperar el crucero holandés.

El señor de Felsen sonrió:

—No te olvides que el crucero nos esperó a nosotros.

Después, explicándose:

—En Bayona estábamos muy inquietos. Lebergh nos persuadió de que diéramos una vuelta por la ciudad mientras él arreglaba nuestra situación con las autoridades del puerto. No zarparíamos hasta media noche. Cuando volvimos, al cabo de una hora, encontramos que el crucero esperaba nuestra llegada. Había tenido que adelantar la salida.

—Sí —dijo la señora—. Nadie podrá quitarme de la cabeza que Lebergh conocía de antemano nuestras peripecias.

Me contó que en el crucero holandés pasaba largas horas encerrado en la oficina del telegrafista, conversando con el comandante. Lebergh, sin duda, influyó para que el crucero cambiara de rumbo. ¿Cómo explicar que los hiciera admitir allí tan fácilmente y después, ya en Gibraltar, en ese misterioso barco italiano?

—Ahora, que ha terminado la guerra, quisiéramos hacerle muchas preguntas. En ese momento no nos atrevíamos. No era fácil hablar de ciertas cosas.

—¿No había confianza entre ustedes?

—Cuando son tantos los peligros inmediatos, no se habla de ellos. Los resuelve uno como puede. Y es el caso que Lebergh los iba resolviendo siempre.

—Sí —dijo la señora—. Era como un dios que nos hubiera salido al encuentro. Yo tenía la impresión de que si mostráramos nuestra ansiedad o averiguáramos demasiado, este dios podría cansarse de nosotros, abandonarnos. Navegábamos sobre una red de minas y al alcance de los bombarderos. En el "Capo - Olmo" dormíamos entre explosivos. ¿Querrá usted creer que nunca aludí con Lebergh a los explosivos ni al miedo que me causaban?

Al día siguiente de llegar a Liverpool, Lebergh se había embarcado en Kirkenhead para unirse en África a las fuerzas aéreas de la Francia Libre.

—Ni siquiera pudo despedirse de nosotros —dijo el señor de Felsen—, ni llevarse esta canadiense que durante el viaje le había confiado a mi mujer.

No se había despedido de ellos, no había contestado sus cartas. Sin embargo, en tan breve tiempo, había logrado hacerse querer como a un hijo, admirar como a un héroe. El matrimonio de Felsen sentía algo más que gratitud por este curioso personaje. Al menos, parecía agradecerle hasta la misma pudorosa decepción que ahora les causaba su indiferencia.

Nos despedimos. El señor de Felsen me acompañó hasta la puerta de calle. Después de abrazarme y desearme feliz viaje, todavía me habló de Lebergh.

—Vaya a verlo —fueron sus últimas palabras—. Es inútil que lo presente a usted por carta. ¡Qué más presentación que su propia canadiense!

Hice un viaje bastante largo, llegué a un puerto de Francia. Estaba deseoso de abandonar la sociedad de los escasos

pasajeros, el comandante y el jefe de máquinas de la cual había gozado en un poco seductor barco de carga durante una travesía de cuatro semanas. En el puerto a que arribamos, bombardeado por anglosajones y alemanes, no quedaba hotel en pie. El único tren salía pocos minutos más tarde. Mandé mi equipaje con una empresa de transporte, dejé atrás los escombros del muelle, alcancé el tren bajo la lluvia llevando un impermeable, una valija y un portamantas. En la precipitación de los últimos momentos, olvidé el nombre de la empresa que se había encargado de mis baúles. No había pedido, tampoco, ningún resguardo. ¿Necesito agregar que la empresa demoró varias semanas en entregármelos? ¿Necesito aludir al frío intenso (ocho, nueve grados bajo cero) de París? Pero ahí estaba el portamantas; dentro del portamantas, la canadiense; gracias a ella pude arriesgarme a salir de mi cuarto y pasear por las calles. El primer invierno que siguió a la Liberación yo vivía en St. - Germain - des - Prés y comía casi todas las noches en un hotel de la margen derecha en compañía de Néstor Sagasta, un diplomático argentino. Hasta llegar a esa plaza donde se yergue un obelisco tebano, entre jardines y avenidas, caminaba por calles solitarias, oscuras. Las calles, en las tardes de enero, me deparaban su prestigiosa oscuridad. Es una oscuridad que no clausura enteramente sus riquezas. Poco a poco nos habituamos a ella y discernimos sus delicados matices, poco a poco logramos admirarla. Yo admiraba también esos contrastes de blanco y negro que confieren tanta esbeltez a las columnas, esas manchas perversas, como de alquitrán, que acentúan las axilas, los senos o el vientre de las estatuas. Antes de llegar al término de mi recorrido, admiraba cuatro hombres de piedra, sentados, que custodian un palacio. Son cuatro hombres soñadores, fuera del tiempo, y a la vez vulnerados, heridos por el tiempo. La pátina, que los ha favorecido con los estigmas de la inteligencia y el dolor, parece correrles por las sienes, por la boca, o se detiene en grandes coágulos sin interrumpir la expresión maligna de sus rostros. El último, sobre todo, ostenta una órbita vaciada, completamente sombría, debajo de su arquitectónica peluca del Gran Siglo. Yo tenía que hacer un esfuerzo para dejar de mirarlos y proseguir mi camino. Ellos continuaban sentados, maltrechos, gigantescos, de espaldas a un pórtico corintio y a las efigies de la Razón y la Justicia, mientras las chapas de metal que brillan a sus pies, en medio de la sombra, sugieren el postrer ultraje que pueden merecer de la indiferencia pública: "Prohibido orinar".

Recuerdo estos cuatro hombres de piedra porque fue ante su mirada llena de sabiduría, bajo un foco de luz, cuando vi por primera vez escrito el nombre de Théodore van Lebergh. Buscaba un plano del subterráneo, encontré unos papeles que no me pertenecían: había descubierto un bolsillo interior, largo, estrecho, excavado en la piel de la canadiense; y del bolsillo salió un sobre, dirigido a Théodore van Lebergh, que contenía una orden de movilización. Más tarde, conversando con Néstor Sagasta, le contaba lo sucedido. Me sentía un poco asombrado: no sabía exactamente de qué. De haber llevado durante varios días ese sobre oculto contra mi pecho. El sobre había participado en las vicisitudes de su dueño, había atravesado el mar, había estado en Buenos Aires, metido en una valija, en casa de los de Felsen. Yo, sin saberlo, lo traía de vuelta a Francia. Verificaba, de paso, que estaba usando la chaqueta de un desconocido. Y era como si el desconocido

manifestara su presencia y surgiera a mi lado, súbitamente. Sagasta se echó a reír de tanta puerilidad.

—Como documento —dijo— no es demasiado interesante. Néstor Sagasta escuchaba —estimulaba, diría yo— mis digresiones para después señalar lo que había en ellas de exagerado o de ilógico con una frase imprevista o una risa breve, apenas burlona. En sentido figurado parecía echarse bruscamente atrás y establecer entre nosotros una distancia desde la cual me observaba como a las personas un poco absurdas que no debemos tomar en serio, aunque de cuando en cuando puedan divertirnos. Yo representaba de buena gana este papel de tonto. Lo hacía, quizá, con el propósito de halagarlo, le daba ocasiones de mostrarse superior a mí. Era un juego inocente. Esta vez el juego duró menos que de costumbre. La risa, la frase, habían llegado demasiado pronto. Lo noté interesado. Tomó el sobre, examinó la dirección como si fuera una fotografía.

—¿Irás a verlo?

—¿Lo conoces?

Lo conocía a través de una muchacha argentina que se llamaba Laura Estévez y que actualmente tramitaba su divorcio para casarse, según creía Sagasta, con Lebergh. Había abandonado a su marido, un hombre insignificante.

—¿Cómo es?

—Puedes verlo por las noches, en el bar. Aquí viene con frecuencia. Ya te digo, insignificante.

—No; el marido, no. Lebergh.

—¿Cómo quieres que sea? Un francés.

Habló con el tono de un francés que hubiera dicho de cualquiera de nosotros: "C'est un métèque, quoi". Pero yo no me atrevía a visitarlo sin devolverle al mismo tiempo la candiense, y aún no habían llegado mis baúles.

—Sí —dijo—, es capaz de pedirte. —Y murmuró algo confuso en el sentido de que podía esperarse cualquier cosa de "ciertos individuos" o de "ciertos franceses". Estaba de perfil. La luz de una lámpara iluminaba su nariz recta, severa; sus labios bien dibujados, finos; tan finos que daba la impresión de apretar siempre las mandíbulas. Yo me había quitado la chaqueta. Sagasta la levantó unos milímetros del sofá tomándola entre el pulgar y el índice, como si temiera mancharse los dedos. La dejó caer.

—En esta última instancia —agregó— no pierdes demasiado. Yo te presto un sobretodo—. Después, cambiando de tema:

—¿Qué has hecho hoy? —me preguntó.

—Nada.

Mi respuesta me dejó un poco melancólico. Pensé que si la preposición "hasta" hubiese ampliado la pregunta, habría tenido que contestar de igual manera. En los últimos meses me mortificaba el sentimiento de que mi vida era una sucesión de horas inútiles. Esa mañana, al peinarme, me había descubierto nuevas canas en el espejo. Estaba en el umbral de la madurez, en el período crítico por excelencia. ¿No lograría aprovechar esa coincidencia del día y de la noche, tan benévola para otros, esos momentos de paz entre la sombra y la luz que al caer la tarde parecen reconciliarse, y en dosis estrictas, infalibles, esparcir sobre el mundo sus virtudes antagonicas? ¿Qué había hecho hasta ahora? Nada, desde luego. Tampoco llevaba camino de hacer algo que me diera una noción buena o mala de mis dotes; que me ayudara a conocerme, a precisar mis límites; así podría acumular fuerzas tras

ellos y obligarlos a retroceder. Por el momento mis deseos de hacer algo se manifestaban en forma de insatisfacción, de malestar. Para huir de ese malestar me volvía hacia la gente. Pero el trato humano resultaba más bien fútil. Conversaciones, discusiones ociosas. Sabía, por supuesto, que lo mejor que hay en las personas no está destinado a la expresión verbal. ¿Acaso los rasgos físicos, las inflexiones de nuestra voz, los gestos, hasta los ademanes que hacemos al hablar no son más reveladores que las palabras? Queda, sin duda, la palabra escrita; en ella pensaba desde siempre como en el medio más seguro de trascender la opacidad, tal vez engañosa, que me cercaba por todas partes. Publiqué algunos artículos glosando con poca fortuna mis entusiasmos literarios. Antes de salir de Buenos Aires tenía el propósito de juntarlos en un libro; una vez releídos, me parecieron superfluos. Ese libro futuro no sería original en el sentido más subjetivo del término; no aparecían en él mis hipotéticas, borrosas cualidades; ni siquiera mis defectos. Razonaba mediocremente; no me sentía seguro en el difícil manejo de las ideas; no obstante ello, estaba empeñado en escribir ensayos. Quizá tuviera más éxito si concebía un proyecto menos ambicioso, si reemplazaba, como alguien ha dicho, la idea justa por la palabra justa, por el acento justo. Decidí abordar esas mismas verdades abstractas en una obra de ficción, subordinadas al temperamento y a la conducta de seres imaginarios; esboqué el plan de una novela, sus personajes, el medio en que actuaban, las circunstancias que los llevaban a conocerse. Así escribí los primeros capítulos de una vez; quiero suponer que habría proseguido escribiendo con el mismo ritmo si hubiera continuado en Buenos Aires. Pero hacer un viaje a Europa, apenas concluida la guerra, no era sencillo; yo había organizado con bastante anticipación mi vida material para estar dos años fuera del país. Ahora tenía que irme. A bordo, durante los primeros días, pasaba largas horas echado sobre la cama, escribiendo o meditando en las peripecias de mi libro. Quería defenderlo de la realidad, una realidad trivial con la que entra en conflicto y a la cual sucumbía a cada instante, porque los demás pasajeros venían con sobrada frecuencia a llamar a la puerta de mi cabina; barajaban siempre los mismos temas: la situación económica que encontraríamos en Francia, la escasez de alimentos, los recursos de que pensaban valerse para cambiar en la bolsa negra las monedas extranjeras que llevaban subrepticamente; otras veces organizaban partidas de naipes, o el comandante me proponía jugar al ajedrez. Por las noches, cuando yo salía del comedor, el eco de las conversaciones, el ruido de las máquinas apagaba la voz de mis personajes; me paseaba por cubierta: las olas del mar parecían anegarlos; no lograba reconocerlos en esos naufragos desvanecidos, exangües, que de tanto en tanto asomaban a la superficie de mi conciencia. En París persistía la misma situación; escrutaba el rostro de mis personajes sin vislumbrar sus facciones; analizaba sus actos sin discernir el principio de orden psicológico o moral que los había motivado. Además, de tanto oír hablar en francés a mi alrededor, las palabras españolas no acudían espontáneamente bajo mi pluma. Construía con dificultad las frases más sencillas; preocupado en meditar cómo se decían las cosas, olvidaba las pocas cosas que me proponía decir. En momentos de buen humor yo mismo me reía al sorprenderme buscando en un inofensivo diccionario de la lengua, que había traído de Buenos Aires, la acepción

precisa de los vocablos más comunes. Nunca he sentido como entonces la presencia material de cada palabra, sus conivencias laterales, oscuras, que por contraste se ponían de manifiesto cuando yo pretendía unir las con otras hacia las cuales demostraban una aversión insospechada, su tendencia a emanciparse de cualquier propósito intelectual, a frustrar burlescamente mi dominio. Tenía que rendirme a la evidencia: no querían ser utilizadas como simples medios de expresión, tornarse imperceptibles, dejarse aniquilar en la fluencia de mi prosa. Hasta el día de hoy no he logrado vencer esa antigua hostilidad de las palabras adquiriendo mayor pericia en su manejo. Entre nosotros ha cesado la discordia, pero he sido yo —sólo yo— quien hizo todas las concesiones; quien pasó del ensayo a la novela (un género en el cual, según afirman, puede un escritor salir adelante sin ser inteligente) y de la novela a la crónica. Ya no pretendo sujetarlas a un sentido que rehuye cualquier posible formulación; ahora me dejo guiar por ellas, y ellas imponen su voluntad aunque respondan puntualmente a mi llamado, porque entonces desvirtúan mi pensamiento a la manera de esos interlocutores demasiado locuaces que nos interrumpen para desarrollar por nuestra cuenta sus propias ideas. Cuando ese interlocutor está en uno mismo, cuando es uno mismo, ¿cómo distinguir, aturdídos por su estéril elocuencia, la protesta no articulada de nuestra voz? Poco a poco llega uno a persuadirse de que ha escrito lo que verdaderamente intentaba, renuncia a sorprenderse en flagrante delito de insinceridad, se relea, queda contento... pero subsiste intacta la nostalgia de otros tiempos, no sé si heroicos o estúpidos, en que las palabras justas no eran un ideal de antemano inalcanzable. Ahora, mientras escribo, evoco esos días de París durante los cuales transcurre mi relato. Por entonces afrontaba las dificultades creyéndome capaz de vencerlas; pasaba tardes enteras en el cuarto del hotel. Y allí me estaba, luchando con las palabras, no admitiendo que el pensamiento necesitara para existir de aquello mismo que inexorablemente lo traiciona y lo deforma y favorece los peores equívocos. Sí, no me resignaba a esa fatalidad. Escribía algunas frases; luego caminaba por el cuarto, me asomaba a la ventana, volvía a sentarme ante la mesa. Al final, desalentado, rompía los papeles. Sin embargo, con ese don para engañarme a mí mismo que me ha deparado tantos fracasos, después me ha consolado de ellos y por último me ha convertido en un huésped casi permanente del error, sabía encontrar razones que me permitían renunciar a mi tarea dándome la ilusión de proseguirla. Recordaba el mecanismo indirecto que preside la creación literaria, el trabajo secreto que ocupa nuestro espíritu en los momentos de ocio. Tal vez interrumpir transitoriamente mi novela era el mejor método de hacerla progresar. Entonces salía a la calle. Durante varios días visitaba iglesias, museos; cuando no iba al teatro, comía con Néstor Sagasta; por lo común, acabábamos la noche en una bolte. De pronto, en las circunstancias menos previsibles, por divertimento o distraído que estuviera, me sobrecogía un peculiar desasosiego. Una voz nítida, firme —la voz de la conciencia, sin duda— murmuraba tres palabras en alguna región más o menos remota de mí ser: "Pierdes el tiempo". Sí; el descanso no infundía vigor ni frescura a mi espíritu. De mí yo profundo no me llegaban iluminaciones súbitas, sino reproches. Perdía el tiempo, no siempre agradablemente. Néstor Sagasta y algunos viajeros afortunados, que vivían en esos pocos

hoteles de importancia no requisados por los ejércitos anglosajones y las comisiones internacionales, podían utilizar e ignorar, al mismo tiempo, el mercado negro. Yo, en cambio, tenía que prescindir de sus servicios —era quimérico en aquella época— o recurrir a él directamente, descubrirlo paso a paso, aprender a no tropezar en su capcioso engranaje. Estas dificultades materiales, en vez de exasperarme, tranquilizaban mi conciencia. Mientras las resolvía automáticamente, no me sentía culpable. También por eso, sin duda, ya que no podía escribir, decidí trabajar. El dueño de una librería jurídica de Buenos Aires me pidió que reclamara a sus colegas franceses la entrega de muchos libros comprados antes de la guerra. Néstor Sagasta prometió secundarme en mis gestiones; por una razón u otra, no le llegó nunca el momento de hacerlo. Entonces tomé el asunto por mi cuenta y empecé a recorrer las librerías jurídicas del Barrio Latino. Los editores franceses alegaban diferentes motivos para no cumplir sus obligaciones, callaban, claro es, el motivo verdadero: los libros, después de la guerra, habían aumentado en diez o quince veces su valor.

Sagasta, aquella noche en que hablamos del dueño de la canadiense, me preguntó por mis gestiones con los libreros. Estos libreros y editores, amigos entre sí, habían acabado por concederme sucesivas entrevistas en el local de uno de ellos, el más importante de todos. Era un anciano de setenta años largos, Gran Oficial de la Legión de Honor. Se llamaba Gastón de la Veyrelade. Durante las entrevistas, M. de la Veyrelade ofrecía a mis ojos una vasta superficie cubierta de paño gris; una cadena de oro, de la cual colgaban varios dijes, le cruzaba el chaleco. Hablaba sin mirarme. En la mano izquierda sostenía un cigarrillo; la mano derecha jugaba con los dijes de la cadena o dibujaba al lápiz estrellas y circunferencias en una hoja de papel. Los demás libreros —vasallos respetuosos en torno de esta especie de monarca editorial— se apresuraban a encenderle el cigarrillo que se le apagaba a intervalos regulares. Literalmente, estaban pendientes de sus labios. Y yo no sólo prestaba atención a las palabras del librero: observaba toda su cara, especialmente las coloraciones de su tez; tenía mucho rosa y azul en las mejillas, alrededor de los párpados, en la frente; estos toques leves, nacarados, persistían en su pelo blanco irisado por los reflejos que adquiere la nieve de las montañas bajo la luz del sol. En cuanto a los discursos de M. de la Veyrelade, me parecían menos seductores que su tez. Por qué negarlo: francamente tautológicos. A la tercera entrevista, no habíamos adelantado gran cosa.

—Pero en fin, ¿qué dice? —me preguntó Néstor Sagasta con impaciencia.

¿Qué decía M. de la Veyrelade? Entraba en materia como un orador muy seguro de sí mismo a quien la tensión del público lleva a contener astutamente su poder de arrebato. A veces, para dar mayor énfasis a su elocución, fingía no encontrar ciertas palabras y se detenía un instante en ellas. Balbuceaba. Empezaba hablando del revés histórico que había padecido Francia. Por culpa de Francia, no había que llamarse a engaño. Y ahora Francia tenía que expiar su culpa, hacer penitencia. ¿Acaso penitencia —preguntaba M. de la Veyrelade— no significa recogimiento, soledad? Francia se aislaba del mundo para castigarse a sí misma. Por lo demás, cada vez que Francia transgredía este deber moral e intentaba reanudar sus vínculos con el mundo, olvidando la derrota, salía humillada,

castigada. Y el castigo, como no era voluntario, perdía su virtud exorcizante y purgativa. Los franceses debían ajustar su conducta a este principio de autopunición. Necesariamente. Este principio debía regir, o mejor dicho vedar, todas las transacciones de Francia con el mundo. ¿Que Francia pretendía ignorarlo? ¿Que los libreros o editores franceses, por ejemplo, enviaban libros al exterior? Pues bien, sus colegas del exterior se encargaban de volverlos duramente al camino del deber: les recordaban la culpa de Francia. Los libreros del exterior, sobre todo de los países de habla española, eran sumamente informales. No pagaban. (Aquí M. de la Veyrelade se detenía un instante.) No obstante lo cual —agregaba después— ellos reconsiderarían el caso de X (el librero de Buenos Aires), porque X era la excepción que confirma la regla; había cumplido sus compromisos, y hacía en estos momentos, en un francés discutible, reclamaciones dignas de tomarse en cuenta por boca de su representante, un hombre cortés, simpático, animado por el entusiasmo, la osadía y, si no era demasiado fuerte decirlo, la inexperiencia de la juventud, con el cual ellos se proponían llegar tarde o temprano a un acuerdo en la medida en que las circunstancias lo permitieran.

—¡Qué farsante! —exclamó Sagasta. Sus ojos negros, sombríos, me alentaban a proseguir el desventurado relato de mis gestiones.

Le conté que no bien terminaba de hablar M. de la Veyrelade, los demás editores se acercaban a mí, me palmeaban familiarmente en el hombro, alzaban los ojos al cielo raso y extendían los brazos simultáneamente, como declarándose incapaces de añadir una palabra a lo dicho. Instante después afirmaban que las circunstancias no eran favorables. El departamento de Cambios no concedía divisas para exportar. Yo replicaba argumentando que poco o nada tenía que hacer el departamento de Cambios en el asunto, pues se trataba de libros comprados y en su mayoría pagados antes de la guerra. Mi objeción caía en el vacío. Como la repitiera obstinadamente, los editores me miraban de nuevo algunos segundos, pero esta vez sin ninguna simpatía: hubiérase dicho que estaban frente a un ebrio o un repulsivo maniático; luego, desviando púdicamente los ojos, agregaban que aun en el caso improbable de que el Departamento de Cambios concediera divisas, no se podría obtener bodega suficiente en los barcos para enviar las remesas. Llegado a este punto, tomaban el partido de ignorarme. Sacaban lápices y libretas del bolsillo, hacían cuentas, hablaban entre sí, muy ligero, prolongando sus palabras con toda suerte de ruidos onomatopéyicos, y yo no podía retomar el hilo del debate. M. de la Veyrelade, sumido en el recuerdo edificante de la culpa histórica francesa, dejaba vagar sobre los concurrentes su mirada azul. De pronto levantaba una mano carnosa, paternal. Todos callaban. Entonces consultaba su reloj, después hojeaba un carnet, y terminaba fijando un día de la semana entrante para la reunión próxima.

Tales eran mis tribulaciones. Al principio, entre compasivo e irónico, Néstor Sagasta compartía mi justa indignación; ahora estaba de parte de los libreros.

—Tu amigo de Buenos Aires los quiere estafar. Pero no seguirá los libros, aunque les diera el doble de lo que les ha pagado. ¿No comprendes que los libros valen y el franco no vale nada y cada día vale menos que nada?

Reflexionó un momento:

—Pero a ti, después de todo, ¿qué te importa? ¿Por qué te procuras tantas molestias? ¿Qué sales ganando con ello? —Ya puedes imaginarte. Una comisión.

El pensamiento de que tantas molestias no fueran desinteresadas parecía rozar por primera vez su espíritu e impresionarlo favorablemente.

—En ese caso, vale la pena insistir. Sin embargo, ¿me permites que te hable con franqueza?, no te creo capaz de sacar este asunto a flote. Necesitarías que te acompañara alguien más enérgico y, a la vez, más dúctil. Por de pronto, que hablara francés con soltura. Desgraciadamente, yo no puedo. No tengo tiempo. Trabajo por la mañana y por la tarde. Para colmo, estamos sin embajador.

Después, mirándose en los ojos, preguntó lentamente:

—¿Y Lebergh...?

Néstor Sagasta era un hombre de buen sentido. Lo demostraba tanto más en nuestras conversaciones cuanto que yo —creo haberlo dicho antes— reflejaba la imagen que él tenía de mí. Esta imagen, no demasiado alejada en aquella época de mi verdadera naturaleza, era la de un neurasténico. ¿Puede pedirse mayor neurasténico que un escritor que no escribe? Sagasta me consideraba un hombre de letras que en vez de aplicar su actividad creadora a construir un mundo imaginario, sobre el cual puede imponer su voluntad, quiere gobernar la vida de relación como si fuera una obra de arte. Fracasa, desde luego; entonces opta por cruzarse de brazos con la certeza ridícula de que el mundo entero está conjurado contra él. Sagasta me reprochaba un exceso de escrúpulos, una afición a lo absoluto que me condenaba a la inercia, pues el curso natural de la vida humana es naturalmente imperfecto. Me lo había señalado muchas veces a propósito de muchos temas. Últimamente, cuando yo me quejaba del mercado negro. Mis protestas le hacían gracia. Yo prefería renunciar a ciertas cosas, llegando a la conclusión de que no eran indispensables, a practicar distintas combinaciones que me hubieran permitido evadir tal o cual racionamiento. Y tampoco quería sobrellevar diligencias burocráticas, hacer colas interminables para obtener *tickets* o cambiar por nuevos los ya caducos. No era sólo por comodidad; eludo las molestias, como todas las personas; pero había de por medio una causa de otra índole que Sagasta no comprendía, una especie de pudor que me vedaba incorporarme sin derecho a los pobres realmente pobres, a eso que se ha llamado la santa plebe de Dios, a la humanidad castigada, resignada, sometida a la ley de las restricciones. Sagasta, entonces, demostraba que mi actitud era ilógica; tenía que seguir uno u otro camino: acatar la ley o burlarla; adoptar de una vez por todas la psicología y los hábitos del pobre o los del rico, con sus reacciones y consecuencias inevitables. Mi ascetismo provenía de falta de flexibilidad, de torpeza. Y no sacudía mi torpeza por orgullo. Era un argentino cien por ciento. En París o en Buenos Aires exigía que todo marchara sobre rieles, que todo el mundo estuviera a mi disposición.

Pero la idea de recurrir a un señor desconocido para que me sacara de apuros sin más razón que la de estar usándole, en pleno mes de enero, una canadiense que tal vez necesitara, no se me habría ocurrido nunca. Hasta se hubiera dicho que en ese momento los papeles se habían trocado. Que yo, y no Sagasta, enunciaba una posibilidad tan imbécil. Él debió de advertir en mi cara una expresión de sorpresa.

—No se trata —agregó— de proponerle de buenas a primeras que te acompañe. Ante todo, debes conocerlo. Después, si la relación entre ustedes avanza, ya tendrás oportunidad de hablarle del asunto. Quizá él mismo te ayude motu proprio, o te oriente de alguna manera. Esos amigos tuyos no lo conocían más que tú. Si a esos amigos tuyos... ¿cómo se llamaban?

—De Felsen.

—¿Judíos?

—No lo sé.

—Lebergh es judío. La única no judía de la familia es su abuela materna, Mme. Solar. Creo que vive con la abuela.

—¿También la conoces?

—En todo caso —prosiguió sin contestarme— ése no es un inconveniente. No eres antisemita, que yo sepa... Como iba diciendo, si a tus amigos les salvó la vida, bien puede socorrerte en una cuestión de poca importancia. Sobre todo, no pierdes nada con hacer la prueba. Yo, en tu caso, iría a verlo. Por otra parte, sin considerar para nada el asunto de tus famosos libros, me parece saludable que hagas llegar a sus destinatarios algunas de las cartas que has traído. Ya sabemos que una amistad, una verdadera amistad, está condicionada por muchos factores. Rara vez nace de una carta de presentación. Pero tiene que nacer de algo. Así que también puede nacer de una carta de presentación...

Lo interrumpí:

—Para Lebergh no tengo ninguna carta. Me han pedido que vaya a verlo. Eso es todo.

Proseguía sin mirarme, sin oírme, como hablándose a sí mismo:

—¡Llegar con una carta! ¡Visitar resueltamente a personas desconocidas! Da una impresión de que espera obtener algo de ellas...

Se echó a reír. Continuó:

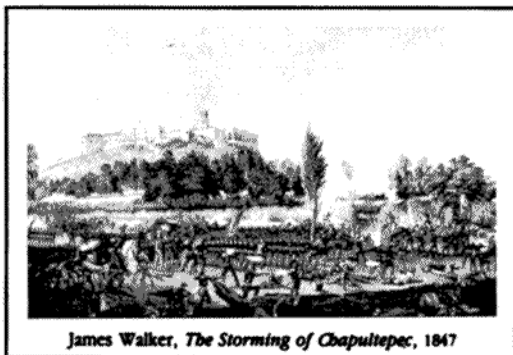
—¡...y todo lo que obtiene, en el mejor de los casos, es una invitación a comer! Sí, te comprendo perfectamente. Es violento, se opone a nuestro carácter. Somos perezosos, tímidos, insociables. Necesitamos que las circunstancias se combinen milagrosamente, que la casualidad haga por nosotros la mitad del camino. Pero a veces la casualidad no funciona. Entonces, por no andar ese pequeño trecho, no llegamos a ningún lado. En principio, qué quieres que te diga, soy partidario de entregar las cartas de presentación, de hacer aquello que nos moleste... siempre, entendámonos, que no nos moleste profundamente. Las *corvées* educan el carácter. Nosotros, los argentinos, tenemos muchos defectos de carácter. Debemos educar nuestro carácter...

Yo apenas lo escuchaba. En cierta forma, para escucharlo mejor, para no distraerme. Estaba seguro de penetrar en algo más vital y más rico de sentido que el sentido inmediato de sus palabras. Comprendía que esas palabras, su inanidad, el tono con que estaban dichas —plácido, despreocupado, indiferente— disimulaban un interés mal encubierto por Lebergh y, en lo que a mí respecta, el designio de utilizarme de alguna manera. Para cortar por lo sano le contesté que distribuiría a los cuatro vientos todas mis cartas de presentación. En cuanto a Lebergh, tenía el propósito de hacerle una solemne visita. La semana entrante, sin falta.

Cuando salí, estaba nevando. Caminaba en dirección a mi hotel, sin pensar en nada, oyendo resonar nítidamente mis pasos bajo los soportales de piedra, un poco emocionado por

el espectáculo grácil de la ciudad invernal. Miraba caer la nieve en copos lentos. La veía respetar a los generales del Emperador, guarecidos en sus nichos, aferrarse a los árboles, a las verjas, a las cornisas. Atravesé la plaza y después el pasaje de Rohan, cernido por una luz verde. Contra el cielo se destacaba la mole sombría del antiguo Louvre. Llegué a la puerta de mi hotel, subí las escaleras. Vivía en el tercer piso, pero a cada habitación de la fachada correspondían dos habitaciones interiores, superpuestas, de techos más bien bajos; entre descanso y descanso, la escalera se bifurcaba discretamente. Al principio yo sólo había advertido que no podía llegar a mi cuarto sino jadeando y en plena oscuridad (nunca duraba bastante la luz de la entrada), cosa doblemente incómoda porque los descansos abundaban en arcones y armarios de cedro. "Qué lentitud la mía —pensaba—; me fatigo, estoy decrepito." Hasta que al fin descubrí, con la duplicidad de la escalera y mi relativa juventud, que no vivía en el tercer piso sino en el sexto.

Esa noche hubo de andar muy ligero porque la luz continuaba encendida cuando llegué a mi cuarto. Abrí la puerta, me recibió el papel de las paredes con un dibujo de nomeolvides amarillos y azules. Sobre la mesa se apilaban muchos libros; algunos, todavía sin leer, conservaban esas fundas de celofán con que los envuelven en los muelles del Sena para que la humedad no los deteriore. Más animado que de costumbre, empecé a silbar mientras me quitaba la ropa. Una vez en la cama, no tenía sueño. Me levanté y encendí la chimenea para reforzar la calefacción de los radiadores. De vuelta a la cama, apagué la luz. En la penumbra movediza brilló el cuero de la canadiense, rejuvenecido por la nieve. ¿Cómo sería Lebergh? Lo imaginaba rubio, enérgico, espontáneo, diferente de Sagasta. Néstor Sagasta era moreno, con ojos sombríos. Alguna vez los fijaba en su interlocutor. Entonces quedaba uno sorprendido por la expresión febril de la mirada que hacía perder a sus palabras cautelosas, a sus maneras circunspectas, toda fuerza de convicción. Esa mirada casi siempre ausente, cruzada de tanto en tanto por relámpagos de malicia, había iluminado un rostro todavía más delicado e inmóvil, más juvenil: el de un escolar que acumula secretos pueriles, se burla, confabula, miente. Recordé detalles insignificantes asociados a épocas tristes de mi vida. Por lo común, no pensaba en ellas. Esa noche, en la penumbra del dormitorio, acudieron a mi memoria los primeros sobresaltos y padecimientos de la niñez. Hubiérase dicho que las llamas de la chimenea los consumían junto con los troncos, los iban purificando. Ya no me causaban ningún malestar.



James Walker, *The Storming of Chapultepec*, 1847